

Secreta inquietud



Prólogo de RAFAEL CADENAS

Jesús Alberto León

EB
El Taller **Blanco**



SECRETA INQUIETUD

© De los textos, Jesús Alberto León

© De la presente edición, *El Taller Blanco Ediciones*

SERIE Biblioteca Digital.

Cali, Colombia, octubre de 2020.

Correo: eltallerblancoed@gmail.com

Facebook: El Taller Blanco Ediciones

Twitter: @BlancoTaller

Instagram: @eltallerblanco.e



Secreta inquietud, de Jesús Alberto León, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

JESÚS ALBERTO LEÓN
SECRETA INQUIETUD
Antología personal

*

Prólogo de RAFAEL CADENAS

*

COLECCIÓN *VOZ AISLADA*
El Taller Blanco Ediciones

PRÓLOGO

Esta antología ha debido de hacerse hace tiempo dada la importancia silenciosa de la poesía de Jesús Alberto León, a lo cual se suma la dificultad de encontrar algunos de sus libros. Pero nunca es tarde para la poesía: ella es atemporal. Ahora se corrige, aunque ya no es en papel esta suerte de omisión, y me place que yo haya sido factor inicial juntamente con varios amigos en esta publicación.

En adelante, el lector tendrá ante sus ojos un conjunto de poemas seleccionados por el autor, que han de ser un deleite. En lo tocante a su forma esta se singulariza en nuestro medio literario por el uso del verso blanco, la métrica de largo linaje pero remozada, y de su legado, sobre todo el endecasílabo tan misteriosamente natural para el oído en nuestro idioma, el robusto alejandrino, el familiar octosílabo, todos ellos combinados con el verso libre que suele irrumpir como en son de ruptura, que por contraste acrece la música verbal del poema. Dentro de la abundancia de su lenguaje está la de una adjetivación enriquecedora, sin la cual flaquearían los significados.

También ha escrito, por supuesto, ya es necesario decirlo, bastantes poemas en verso libre. Tales son las notas que configuran el marco donde mora esta poesía tan abarcante en sus motivos que solo puedo señalar algunos, todos muy actuales. Entre ellos se destaca el realce de la vida cotidiana, tenida por corriente, cuando en verdad nada lo es; todo está envuelto en un enigma que sobrepasa al pensamiento, y el poeta mediante las palabras revela el brillo de los objetos, que

si bien lo contienen no lo muestran, salvo si se ven como si fuera por primera vez, paso que la memoria hace difícil. También aparece y reaparece el valor irrepetible del instante, tema fundamental en pensadores procedentes de la física que se han volcado hacia la corriente de la unidad de todo. De igual modo, Jesús Alberto León ha lidiado poéticamente con la cuestión central en el ser humano de la que surgen interrogantes que siguen sin resolverse: me refiero al yo.

Otra visitante en esta poesía es la idea del vacío, lindante con lo ontológico, en lo que hoy no puedo adentrarme. Lo dicho sugiere que la filosofía impregna la escritura de este poeta. En él se conciertan pensamiento y poesía.

Finalmente, solo me resta invitar a este baile.

RAFAEL CADENAS
Caracas, octubre de 2020

RIESGO DE CERCANÍA

*Y esta quietud de vida no se parecía
en lo más mínimo a la paz.
Era la quietud de una fuerza implacable que medita
melancólicamente sobre una
intención inescrutable.*

JOSEPH CONRAD

INÚTIL RECLUSIÓN

Uno cree estar a salvo del desamparo usual,
quedándose en la casa todo el día.
Los colores cordiales, los muebles protectores,
las paredes de ceño inexpugnable,
aseguran la vigencia tranquila
del amparado temple, del sosiego.

Se puede así escapar a la obcecada esgrima
que deshilacha la trama del mundo;
se puede reposar, impedir el desgarro,
y aun desorientar el filo abalanzado...

Pero quién sabe cuáles amenazas
preparan la ignominia, cunden calladamente
en los entresijos, bajo las baldosas;
qué brasas de pasiones guardan su incendio mínimo
tras el dintel donde se abre la vida...

Desde sus escondites, las alimañas captan
la ocasión: pasa una débil víctima
con los resortes del cuido relajados.
Siempre cruza este espacio, con repetida calma,
con naturalidad, sin oír el resuello
abominable. Quizás le corresponda
ahora descubrirlo. La ominosa intemperie
(piélago estremecido de latencias dañinas)
podría quedar aquí, precisamente aquí.

LÍMITES

Trazando lentas rayas, suspendidos
en vuelo displicente, los zamuros
surcan el recortado cielo del edificio,
sumidos en su búsqueda confusa.
Se asoman intrigados, pues divisan
nuestro diario cadáver incesante,
la muerte en bolsa plástica, la basura,
que así resume el breve desenfreno,
el logro desechable, la raída
esperanza que a todos nos impulsa.

Quizá podamos, al mirar arriba,
sostener la mirada, vencer la repugnancia,
y alcanzar la medida indispensable
de magnanimidad para estos tiempos:
Aceptar agua de frescor vencido,
adoptar como patria el condominio,
y admitir que los zamuros, al volar,
determinan los límites del cielo.

SOMBRA DE LA PASIÓN

El lujo de tener un pajarito aquí
(un agreste detalle en el paisaje urbano)
sin más barrotes que los dedos curvos
de sombra que proyectan los helechos,
nos llevó a proveer, sin recelar,
alimento abundante cada día.
El pájaro venía y revoloteaba
y comía enfebrecido, sin parar,
y regaba de alpiste el piso del balcón
(para sublevación de quien lo limpia a veces).
Hasta que descubrió su reflejo en el vidrio
y dedicó más tiempo a combatirlo
que al gusto de comer. Esa batalla
incontrolable, repetida, procaz,
ha roto el embeleso ilusionado:
El tierno pajarito, el detalle bucólico,
es una fiera tozuda y afilada
que golpea los cristales con saña pertinaz.
Hemos cortado el suministro diario;
ya el tesoro de alpiste es leyenda agotada.
Pero el pájaro viene y lucha contra sí
y se inmolará pronto, dejando en el cristal
su rajadura brusca, su sombra de pasión.

GUACHARACAS

Ese diálogo asiduo de alaridos metálicos
que abre agujeros en la madrugada,
seguramente esconde propósitos torcidos,
filosas incitaciones al mal.

Algún perverso enigma eriza tales gritos,
alguna desesperación oculta, machacona,
repite sus mordiscos y aferramientos torvos,
estrangulando la garganta del alma.

Un disimulo, alguna hipocresía,
hay en la inelegancia de esos cuerpos
opacos, pardos, de color macabro,
o más bien anodino, que es peor.

No han de haber abdicado la belleza,
la rebeldía que ilumina el vuelo,
sin otro ánimo que dedicarse
a proferir su obscena algarabía.

Algo maligno gravita en ese escándalo
que raja la mañana como una fruta inútil.

Una conspiración, disfrazada de ruido,
avanza sordamente en la inminencia del día.

DEMONIOS ELEGANTES

Oriana, nuestra perra pequeñita
de raza cacri (callejera criolla),
caía de noche en trances de locura
canina e impotente. Era incitada
por el desafío audaz de los gatos de Omaira,
una vecina que cuida esos demonios
elegantes como si fueran hijos.
No ha habido ningún modo de convencerla de
contener las incursiones súbitas
de sus menudas bestias. Se les ve
merodeando en los techos, negociando su acceso
a las almas cercanas que luego, de un zarpazo,
llevarán a su infierno familiar.
La perra, la esforzada guardiana que impedía
nuestra condenación, a pesar de los méritos
pecaminosos que no faltan a nadie,
se puso melancólica y murió.
Las hirientes pupilas verticales
nos vigilan ahora libremente.
Y, como siempre, Omaira los protege,
los cree inofensivos, cacarea
su inocencia como gallina tonta.
Ellos taimadamente se relamen:
saben que su comercio no será
más nunca contrabando, sino abierto
latrocinio total. Así pasean,
se desperezan, prueban la maroma
y no se ocultan ya, ni disimulan.

DIOS INSACIABLE

Cuando se lo ofrecieron a mis hijos,
les objeté que nos quitaría el aire.
Pero luego cedí: mi propia infancia,
los perros que cruzaban la memoria,
irrumpían en ladridos de nostalgia.

Al llegar orinó frente a la sala
y se fue a la terraza, su dominio.
Con inocencia artera comenzó
la destrucción, y aún no ha terminado:
las patas y los forros de los muebles,
las ropas esculpidas por la brisa,
todo cuanto el descuido o la confianza
brindan a su inquietud nunca saciada.
Y prosigue royendo el hueso múltiple
de las ofrendas que pone la inconsciencia
a su alcance, sin perdonar nada,
en su reino de dios inexorable.

SUSURRO INEVITABLE

En ocasiones hablamos de la muerte
en voz queda, como corresponde.
Hay otros temas, pero el más punzante
irrumpe a veces después de cenar,
sobrenadando los ruidos nocturnos...

Si uno pudiera hacer de la casa un refugio,
su recogida atmósfera excluiría tales ruidos,
tales conversaciones. Permitiría tan sólo
el siseo de unas páginas, un rechinar de cama...

Pero hay otro rumor: en las tapas del libro,
en la madera que nos respalda el sueño,
horada siempre la tenaz carcoma,
que esboza apenas su fragor malsano,
sigiloso, callado, mas ensordecedor,
como el hosco murmullo de la muerte.

DESMEMBRACIÓN DEL TIEMPO

Las hormigas, pequeños comerciantes
extenúan su laboriosidad:
desmenuzan el tiempo, transportando
los pedazos a quién sabe dónde.
Y al cortar ese flujo abalanzado,
desquician el presente, descalabran la danza
de los astros e instauran fatalmente
ese estremecimiento en que cada minuto
desconoce cómo avanza el otro,
y sólo logra oír la propia música
interior, macerada.

Puede uno intentar reconstituir
la unidad de porvenir y origen,
siguiendo a cada hormiga con cuidado,
escrutando sus huellas diminutas,
para identificar el derrotero irónico
(trazado con paciencia laberíntica)
del instante anterior y del siguiente
(pues un grano de tiempo es delicado).
Quizás al fondo del hormiguero aquel
que descubrieron mis hijos hace poco,
irán llegando trozos de ese rompecabezas
que nunca acaba y nos engaña siempre.

TESTIGO

Cada familia tiene su fantasma
que atraviesa entre generaciones.
Pero al pasar suele cambiar de alma,
de ruidos, vestiduras, vejaciones.

Cuando rodaba por los caserones
(sin luz eléctrica) de mi bisabuelo,
era tardío, soltaba maldiciones
y arrastraba cadenas por el suelo.

Ahora, venido a menos, sólo asoma
de madrugada algún gemido débil,
desaparece cosas, proporciona
algo de asombro en esta era estéril.

Devuelve la inocencia, la refluye,
acerca un vivo espasmo hasta la médula,
y el estremecimiento restituye
algo de asombro en esta era incrédula.

Ese desliz furtivo, ese enemigo
que anidaba la muerte entre sus huesos,
se nos ha vuelto el último testigo
del temblor, de la vida, del exceso.

DOBLE FAZ

Esta puerta del cuarto (cualquier puerta)
es un dechado cabal de hipocresía.

No es que tiene dos caras:

es que es sólo eso.

Una hacia adentro, al exterior la otra,
aun cuando el afuera
sea un corredor doméstico
(tan parte de la casa como el cuarto)
pero que sólo ve la cara externa,
la máscara fingida de la puerta.

Ahora démosle vuelta a la cabeza:
si cambiamos el orden cotidiano
y dormimos en el corredor
¿qué viento lamerá la cara interna
que ahora resulta externa,
por obra y gracia de la arbitrariedad?
¿Cómo cuidarse, si basta cambiar
nuestro punto de vista acostumbrado
y el enemigo se nos cuele adentro?
Hasta la hipocresía se confunde a sí misma
e ignora a quién le finge, algunas veces.

INADVERTIDA

Esa silla indistinta
se ha detenido ahí,
se ha sentado en sí misma,
meditando.

Nadie la nota
y esa es su ventaja:
todos la creen un mero receptáculo.
Pero miren sus patas delgadísimas,
alargadas y prestas,
sin dobleces,
y advertirán su espíritu de araña,
la tensión de su espera,
su veneno.

PACIENCIA DESPLOMADA

Animal resignado (cuatro patas,
lomo ofrecido, quieta deferencia)
nos exhibe la espalda acogedora,
lenta barcaza que salva del naufragio
de cada día; y a diario
nos convoca a comer, a conversar, a odiarnos.
Pregunto si debajo habrá mesitas
hambrientas, procreadas a escondidas;
si ella las cría con amor de mesa
y vienen puntualmente a mamar de las ubres.
Si acaso podría ella también perder la calma
y desplomarse arrastrando la comida
con las mentiras de los comensales.
Y si al caer, nuestras ínfulas tontas
quebrándose, sonoras, con los platos,
no aplastarán a la familia oculta.
Porque de ser así, la paciencia perdida
desencadenaría un holocausto doble:
la familia de ínfulas, la familia de mesas,
abolidas de golpe, entremezcladas.

GUARDIA NOCTURNA

Sostenida en el borde precario de la noche,
cumple su guardia exacta escoltando la cama;
finge quietas maneras de tortuga indolente,
con el torso compacto y las cortas patitas
que apenas sobresalen (es decir: bajosalen).
Y encima, el desconcierto:
distraídos recuerdos, frascos ya sin vigencia,
y un campanario escueto que inicia el desespero
matinal, cada vez.

¿Pero qué mesa es ésta, con el dudoso cuerpo
hinchido de gavetas,
en vez de la pureza acostada de la tabla,
plano horizonte que abarca el porvenir?
Aquí todo es encierro, pulsación escondida
en lentas cajas que muerden la sombra
como secretas bocas infalibles.
¿Qué habrá aquí, algún dinero,
mendrugos de futuro,
ciertos libros equívocos, tímidas pestilencias,
detalles de más vasta desazón?

¿Por qué no recelamos al dejar a esas mesas
(enanas, inminentes) ir guardándose todo,
incluso nuestros sueños, y la respiración
sincera que entregamos como una confidencia,
solamente a su lado, de noche solamente?

MORDAZ ESPEJO

*Desde el fondo remoto...
un espejo nos acechaba.*
JORGE LUIS BORGES

Está sesgado el tambaleante espejo.
Tiene una esquina en sombra, carcomida
por un óxido ronco. Más adentro,
se ven indicios torvos del encono
y la aflicción, sumidos
en el despoblamiento de la noche.
De día se ve completa, con rostro de celaje,
esa pared que llena las aguas reflejadas
de color ocre, o rojo macilento,
como si un río de levantada tierra
desembocara aquí, en el lento azogue.
La desfiguración empieza en aquel borde
y me veo mal, me cruza el desaliento,
desde la frente ajada hasta la mancha
que me impide ver bien al afeitarme.
Quién sabe si conviene permitir
ese ojo plano, irónico testigo
de cualquier ejercicio inconfesable;
si conviene dejar el espía empedernido,
vaso incapaz de contener la vida
goteante, que comienza a derramarse...
Pero el mordaz espejo canturrea en ocasiones;
comprende que nos daña la tortuosa verdad,
y nos tiende su música plateada:
el consuelo sardónico de una imagen amable,
mentira lenitiva, melancólica trampa,
que nos podría salvar si a veces la creyéramos.

PO(C)ETA

Cada mañana, tiene la paciencia
cóncava de tragar
los desperdicios del ayer derruido,
y así nos purifica, nos despoja
de amarguras cansadas, de dolencias,
y sobre todo del ímprobo hedor,
fea risotada de la inconveniencia.

Así logramos empezar el día
quitados de la víspera,
en plena resurgencia,
con un afán aéreo que nos alza
gozosamente, lustrando la piel,
siempre y cuando ese fiel

receptáculo diario
no decida engullir
sino lo que creímos
no sólo lo que fuimos,
que se podría vivir.

GÉLIDO LLANTO

A la vieja nevera le ha dado por llorar:
Suelta gemidos raros a horas inesperadas,
se deshace en dolidas, operáticas lágrimas,
y así acumula a veces apasionados charcos.

Cada vez que hace eso, el técnico, el experto,
posterga su venida con excusas inicuas.
Dice que son así, rebeldes, esas máquinas:
que el mal puede atenuarse pero seguirá luego.

La acerada señora, gélida y eficiente,
ha dado pues un vuelco sospechoso:
no son sólo las lágrimas sino un calor rarísimo
súbito y lateral, de viejo amor que vuelve.

Habrà que ver si el ritmo de esas intemperancias
serà el mismo, agitado, de las tribulaciones
intermitentes que arañan las almas.
Porque, de ser así, un peligro se cierne:
una habitante equívoca, con caprichos y espíritu
y reacciones insólitas, se inmiscuye en la vida
que hemos ido llevando. Y ahora pone en riesgo
lo que ha guardado siempre: el crucial alimento.

DESTIEMPO

Mi automóvil de siempre, que cuando era más joven saltaba con el ímpetu de un potro, tiene ahora el antojo de seguir encendido, trémulo y expectante, cuando busco apagarlo. Ese órgano vital con cuatro ruedas que me ha sobrellevado por unos veinte años, a veces se enfurruña, alarga su insistencia, y se aferra a la vida sin querer renunciar.

Quién sabe cuál oscura desconfianza, cuál reluctancia, cuál disparidad, agita como náusea, cruza como mal sueño, esa entraña de cables y pistones, y lleva su estertor a la garganta metálica.

Quizá mi viejo carro hace aquello que todos hacemos cuando tratan de apagarnos: la chispa se retrasa, vibra el alternador, estiramos la esquiua cadena de los tiempos, nos abrazamos al árbol de leva, y tercamente vamos musitando: no todavía, no todavía...

LA VECINDAD DEL RIESGO

He caminado adrede las calles más riesgosas
(de Caracas o Río, Nueva York o Sao Paulo)
sin que nada ocurriera. Ahí el fantasma
(o el fantoche) del crimen (no lo sé)
discurrió junto a mí sin dirigirme un soplo.

En cambio en las aceras de mi urbanización
he visto la irrupción de asaltos repetidos.
Súbitos delincuentes que con soltura fácil
ocultaban su filo bajo el disfraz de gentes.

Aun aquí, en mi edificio, he sentido silbar
(en la oreja, en la nuca) el resuello malsano
(aunque en pequeña escala) del delito (menor)
Me han robado el periódico, la botella de ron
que traía de la playa medio empezada ya.

No han entrado a mi casa (aunque han estado cerca).
Los libros y los discos me parecen a salvo
de la codicia usual. Mas hay que prevenirse:
Aunque el ladrón de diarios no intente leer Proust,
la cercanía enardece el hervor del peligro.

Según dice el teorema de la gravitación
malévola, es peor
la acechanza vecina. Hay un mandoble
detrás de la sonrisa
que nos envuelve siempre,
y cualquier día nos mata.

INTERRUPCIONES

Como soy hijo único, requiero fuertes dosis de total soledad. Contraje la adicción desde la propia infancia. Hay ciertos días en que un ríspido encierro se apodera de mí. De las interrupciones más frecuentes, hay dos infames, que detesto con pasión combustible: La conserje avisando que va a cortar el agua y esa vecina que al cabo de su lista de pedidos aún quiere, por ejemplo, sacacorchos y fuerza para abrir un vinito. Así la tolerancia y su amiga paciencia (la Urbanidad, ah sí, vicio admirable) tienen límites rojos muy cercanos al crimen.

ACOSO

De qué valdría esconderse
si los rompientes del mundo
 llegan tan cerca.
Si alguna espuma cárdena, rabiosa,
se cuele siempre, empapa,
 maldice las heridas.
Si ni siquiera poniéndose lejos
 duele menos.
Si al encogerse,
 cubriéndose,
consigue uno reducir la brecha
 pero no el menoscabo.
Si nos desquicia la desmismidad
y facilita la porfía erosiva
 del propio acoso...

Los dedos que merodean dentro
 tienen ahínco de garras,
se aferran a las vísceras
 y halan.

EL OJO DE SÍ MISMO

Hay en el centro mismo de cada quien un ojo
crispado, suspendido, que lo ve transcurrir
con el reproche obtuso del agua ensimismada
al mirar desde el pozo el paso de la lluvia.

Ese ojo desconoce la calma del fulgor
desprevenido, pues se mantiene en vilo,
rígido, empecinado, sin comprender la móvil
temeridad del tiempo, que avanza al arriesgarse.

Hay que apartarse pronto del centro detenido
del que se alejan ambas agujas del reloj;
romper la disciplina atascada del pozo,
burlar la vigilancia fanática...
y zafarse.

DESLEALTAD DE LA SOMBRA

Al mirarme al espejo
¿se mirará también allí mi sombra,
o irá a buscar ese azogue asombrado,
la sombra del espejo?
La oscura, la otra cara ineludible,
nos complementa siempre, nos persigue,
nos acompaña con borroso rictus,
aun bajo la risa, sombra de la sonrisa.

Cuando el sol sube al cenit orgulloso
¿desaparece ella o simplemente
se esconde, se recoge, se agazapa?
Y cuando seamos humo,
llegado ese momento
desnudo de ser huella
y nada más, si acaso,
¿se va también la sombra, se disipa,
culminando un destino emparejado,
o abre por fin la herida desleal
de la separación, del desamparo último,
y se queda envolviendo para siempre
(sombria sin cesar, pero asombrosa)
algún cuerpo de polvo ensombrecido?

IMPUNTUALIDAD

Seré siempre impuntual, pues mi reloj maniático
vive perdiendo el tiempo escurridizo,
o ganándolo a veces, no sé bien.
Cuando digo reloj no me refiero
al impersonal círculo
que barren los dos brazos delgadísimos
(aunque tenga caprichos él también)
Lo que me enreda es
la intromisión de la desidia extraña
que llaman poesía,
de la molicie que llaman pensamiento,
en el reloj oculto,
en los resortes y engranajes laxos
que entorpecen mis vísceras perplejas
y distraen las aspas de mi espíritu.
Pues si entra la metáfora,
o si llega una idea
(culpa sin atenuantes)
y me arrebatara las dudosas riendas,
me hace perder el tiempo inútilmente,
o ganarlo, no sé,
y me hace llegar tarde a todas partes.

FLAUTA FALAZ

A veces la añoranza entrometida,
con sigilosa nebulosidad,
vuelve a tomar el mando del presente.
Paraliza la acción, desmantela el vigor,
quita el intrépido aire de las velas,
mientras induce a la tripulación,
que iba a buscar futuro en el bajel del cuerpo,
a desertar, a doblegar el temple,
a empaparse en el ron de los recuerdos.
Y extrae con fruición el oro quebradizo,
el oro falso que abunda en la memoria,
para adornar los ritos engañosos
con que venera sus dioses equívocos.
Así nos descalabra, nos tuerce, nos envuelve
en el lamento hipnótico de su flauta falaz
de vieja encantadora de serpientes fugaces,
que detiene la vida y la enrosca y la enerva,
y la guarda en el cesto de la melancolía.

ARDOR PRECIPITADO

Los músculos ocultos de la realidad
van y vienen bajo su piel espesa,
apresurados por algún despropósito.
Una indómita angustia impulsa esa gimnasia,
una pujanza ríspida y malévolas,
que nos va triturando y no nos deja
mantenernos al margen,
contemplando...

Querriamos preparar el horizonte,
evitar esa estéril prontitud
del fervor dirigido, deliberado,
o de la acción gratuita, aún peor.
Pero una imantación ineludible
nos hace arder en la osada impaciencia.
Hay un requerimiento voraz de compromiso
que nos arroja a la fugacidad,
a la fabricación empecinada y rápida,
y nos impide quedar a fuego lento
como brasas discretas,
contemplando...

HAMBRE DE HUELLAS

Las huellas surgen siempre de algún paso,
si bien no todo paso deja huella.
Por eso he trajinado dentro de mí buscando
indicios de mis giros inconformes...
Hallé muchas pisadas con la forma de garras,
algunas semejantes a estrellas desplegadas
en el suelo interior con pretensión de cielo.
Sugieran la presencia de pájaros hambrientos,
detenidos aquí al dejar de volar,
como si una obsesiva bandada me habitara
¿O es que puede haber huellas en ausencia de pasos?

En cambio ha sido vano querer reconocirme:
He encontrado de todo menos mi propio rastro.
¿Son acaso mis pasos la excepción enigmática
y no dejan memoria, ni sombra, ni residuos?
¿O será que los ávidos pájaros del olvido
fueron comiéndose cada día mis huellas
como si fueran migas de un alimento efímero,
devorándolas todas a la manera vil,
obstinada, incesante, del vengativo tiempo?

DIGIRIENDO AL ENEMIGO

Si un día te dieras vuelta
como un guante,
poniendo el tacto adentro
y envolviéndote
en un amplio epitelio digestivo,
podrías acariciar cada alimento,
palpar uno por uno sus detalles;
detenerte en la ávida hendidura
del fragmento de carne palpitante,
y sentirlo como si movieras
dentro de ti la yema de los dedos.
Y podrías segregarse ácidos jugos
sobre los enemigos circundantes:
digerirlos
y así desmenuzarlos,
reducirlos a átomos inermes
que no logren siquiera aproximarse,
mucho menos herirte,
cuando luego,
en otra contorsión espeluznante,
volvieras a exponer tu piel al mundo.

HABITAR EL INSTANTE

Ir construyendo el tiempo como fugaz morada
ALFREDO SILVA ESTRADA

*No es el intenso momento
aislado, sin antes ni después,
sino una vida ardiendo en cada momento.*
T.S.ELIOT

DONAIRE

¿Dónde comienza el aire,
dónde ocurre
su limpia cabecera,
cómo alimenta su galope múltiple,
qué combustible nutre su fragor?

¿Cómo despliega su afán sin tropezar,
cómo abre su carne transparente
sin herirse ni gritar:
rodando
su ingrávida avalancha?

¿Cómo lava su rumor las huellas
de tanta desazón
y no se deshilacha jamás:
sigue rozando
todo el rostro del mundo
sin quejarse?

PASIÓN DE AIRE

El aire tiene envidia de lo quieto,
de la tierra y la piedra sobre todo.
Si fuera menos móvil, podría comprar su casa
y quizás reposar algunas veces,
como el agua del río que posee
el cauce, el lecho donde sostenerse.
Si en vez de andar lamiendo servilmente
las caras de los otros
tuviera rostro propio, no una máscara
ajustable a los ámbitos que ocupa,
pudiera sentir lágrimas cruzando
su sonrisa escondida en los espejos.
Si tuviera en el cuerpo algo palpable
y no esa transparencia migratoria
podría aferrarse a cierto amor espeso
en vez de andar quejándose, al volar,
de su única pasión, la libertad

LUZ DE SIEMPRE

Ha tenido la luz tantas cosas delante
y las recoge con voracidad,
convertidas en polvo deslumbrante,
en fiero resplandor de eternidad.

Quizás le duele no tener edad
sino sólo presencia inacabable,
que ha paseado febril, insoslayable,
por las calles de todo el universo.

Con volátiles manos, sin esfuerzo,
reparte brillos que al temor amansan,
y no se cansan nunca, no se cansan
sus transparentes piernas incesantes.

Ilumina lo vano y lo importante
sin perderse de nada, con un garbo
que envidia siempre al tramitar su encargo,
el responsable eterno del instante.

para Jesús Soto

LENGUA DE MAR

¿Cuándo inaugura el mar
el apetito,
el deseo aguerrido y melancólico,
el anhelo punzante de sentir y saber?

Cada ola es un sorbo tentativo
de la honda boca y un husmeo que acoge
el fragmentario olor de las rendijas.
Cada ola acaricia el fruto abierto,
como gran lengua que pasea y busca
los sabores extremos de la playa.

Cada ola descifra asiduamente
las blancas contraseñas de la arena,
contempla los fulgores, también las aflicciones,
los húmedos placeres prohibidos;
registra los rincones para ver dónde quedan
las promesas vencidas, las ofertas negadas,
y la desolación característica
de la fauna huidiza que pulula en las rocas:
cangrejos, caracoles, erizos reticentes
y las tenues medusas fatigadas
que se amparan aquí, bajo la luz.

LIVIANDAD

¿De dónde saca el mar estremecido
la melodía rompiente,
el extravío,
la amplia costumbre de sonoridad?
Un aleteo de diálogo lo cruza:
despedida de espuma entusiasmada
para las nubes prontas y los pájaros
que nunca llegan, que siempre se van.
¿De dónde saca el mar
la cadencia viciosa
que acaricia los barcos balanceándolos,
y refresca los cuerpos suspendidos
cuando los lame con fruición mañosa?
La extravagante danza del oleaje
salpica, asperja, distribuye, ríe
¿De dónde saca el mar su voluntad
de despreocupación, su liviandad?

BRONCO

Parece estar de espaldas pero mira
con ruidos de acechanza en cada ojo.
Agazapado, casi peligroso,
respira lentas olas mientras finge
resignación taimada. Así vigila
la irrupción del descuido

¿Habrá un rugido, un despedazamiento
de las aguas tempranas, de la aurora
que extiende su alegría desprevenida?

Nunca se sabe qué estertor porfiado
sacudirá esos músculos proclives
al ejercicio brusco del desprecio.

Nunca se sabe qué pulso furtivo
se oculta en el desgaire de la espuma,
qué rencor traerá sin avisar
la ponzoña del tiempo, el descalabro.

DESCANSO DE AGUA

Vagas amenazas transcurren en el agua
CESARE PAVESE

¿Dónde escuchar la música del agua detenida?
Las olas nunca pierden la insistencia
y los ríos estiran su risa descreída,
como serpientes de energía dulce
que reptan sin saber a quién envenenar.
Las cascadas se arrojan sin recelo
al fracaso incesante, al futuro fallido,
reiteran el desmayo, la costumbre de abismo,
sin preparar el salto ni perder el aliento.

¿Dónde escuchar la música del agua que descansa?
No callan los estanques en su quietud fingida,
vibran con regodeo de íntimo laúd,
y amenazan también: el susurro larvado
de arenas movedizas ocultas en el fondo
es un síntoma apenas, un aletazo irónico
de la lengua mordaz que se adivina
en el agua empozada, en su secreto.

para Humberto Mata

PIEDAD DE ARENA

Las arenas humillan la entereza
y acarrear el desdén del tiempo,
levantan en el aire el minucioso ardor,
el mordisco plural, el óxido reseco.

Son cómplices irónicas del deterioro en ciernes,
del ojo lastimado y la desdicha lenta,
pero en su vocación de descalabro ceden
a la debilidad de perdonar a veces.

Así pues, son piadosos los retratos de arena,
son melancólicos, sí, mas borradizos,
no dan tiempo a advertir los estragos del tiempo
porque se esfuma su materia equívoca.

Y al dañar, las arenas no ladran ni se ensañan;
insisten, sí, pero con displicencia.
No son como la hiedra o como el pulpo
que se aferran y llevan a la asfixia.
Simplemente se asoman en enjambres,
bailotean, interpretan su música taimada,
desgastan y se van

para Jorge Nunes

CASA DE PLAYA

Al entrar acobarda el rumor clandestino,
la encubierta sonrisa desdentada,
la insinuación paciente del salitre
que corroe los secretos de la casa.
Aflige el aire mustio, la saña del olvido,
al rajar la argamasa de la memoria esquiva
con la morosidad de una flor ruin,
que demora en abrirse y pospone la vida.
Cerca levanta el mar sus amenazas
calladas, sus enigmas ondulantes.
Emerge a tientas del vencido espejo
el turbio atisbo de un deseo depuesto.
Los salones vacíos se agazapan
y se muerden la cola con inocencia rota.
Y un destino prudente de rincón
añora el vuelco imprudente de la dicha.
Quizás alguien tropiece en la nostalgia
y ya no pueda reiniciar el paso,
quizás lo ciegue el grito de la sal
y ya no pueda levantar el vuelo.

para Alejandro Oliveros

LLOVIZNA

*No es a la muerte a quien haremos frente
sino a una gota pequeña de lluvia otoñal*

ODYSSEAS ELYTIS

Hay lluvia en los cristales: una humeante
caricia pertinaz que los empaña,
desciende desde el cielo abotagado.
Como si el día fumara con descuido,
con lánguida impudicia juvenil,
y nos echara en cara los fracasos,
Cada quien sale afuera, sin embargo,
se mete sin prudencia en la nostalgia,
con el amparo de un presentimiento
y sin la precaución de algún paraguas.
Los senderos de agua en la memoria
desentierran anhelos, urgencias aplazadas.
Cada quien se prepara a rescatar
las propias ilusiones preferidas.
Pero la lluvia moja, no perdona,
y si no seca uno los recuerdos
puede enfermarse hoy, puede resfriarse.

ÁRBOLES DE CIUDAD

Hablan poco los árboles, se sabe
EUGENIO MONTEJO

No faltan árboles en la ciudad cansada,
pero se les ve solos casi siempre,
viejos solteros viciosos de impotencia
y de melancolía, planetas vacilantes
en un orbe vacío de compañeros:
un sonoro desierto acostumbrado
a venerar impávidos dioses de cemento.
Desde lejos los árboles exhiben
el porte arisco de altivos personajes,
que no se quitan nunca los sombreros
ni se doblegan con servil anuencia.
Y aunque se escuche mal el pulso sosegado
de sus conversaciones, eso poco importa,
con tal ellos se oigan y se entiendan
y comprendan el mundo aunque no puedan verlo.
Para que vean por ellos poseen aves
de ojos redondos y mirada fija,
también dibujan ojos en las alas
de mariposas que vuelan rara vez .
Así persisten: náufragos aislados,
con la inmovilidad de velas en el puerto
de cemento sin brisa, así se entregan
a su meditación indescifrable,
a su impasible destino vertical.

para Ángel Eduardo Acevedo

CARACAS, FIN DE MILENIO

Es rara la ciudad vista de arriba,
desde la ensimismada presidencia
de la montaña en la tarde bermeja.
Parecen otros los sitios conocidos,
y es irreconocible, por supuesto, la gente:
el cardumen sumido en la luz indistinta
que arde en bares y tascas en la tarde del viernes.
No pueden divisarse los rostros detallados
pero un enigma ansioso los envuelve:
esa vaga inquietud antes de que algo pase
que rasga la usual bruma de fingida alegría.
En vano busca uno el solo de trompeta
con sordina, el quejido alargado
de un río que nunca fue. Pero tampoco
hay rasgos decisivos que levanten la voz.
Los ruidos son iguales en todas las ciudades
en este fin de siglo. El volumen infame
del sonido en la fiesta del vecino,
la alarma súbita del carro disturbado,
el estertor plural del tráfico de siempre,
y disparos de ignota proveniencia.
A nadie importa la angustia de los pájaros
ni el talante aturdido de los árboles.
En cambio el miedo impone su ladrido
de cerrojos que se abren y se cierran.
Nos cercan los asiduos barrotes del temor
al delincuente igual que al policía.
¿Hay alguna ciudad que no tema, que salga
a caminar de noche por su entraña de calles?
Pero algo es diferente en esta urbe rugosa,
sólo que no esta adentro sino arriba,

pues si uno sube a la montaña sabe
que llegó a la ciudad, que pisa con certeza
sus señas inequívocas de arisca identidad.

PROPÓSITOS

*Si algo nos queda, apenas un sí
digámoslo aunque sea con los ojos cerrados*

EUGENIO MONTALE

Lograr una rendija para empezar, el soplo
de una libertad mínima, aunque sea.
Deslizarse después a ras de tierra,
escapar de la cerca transparente del día,
y desgastar las plantas de los pies de los hábitos,
persiguiendo una señal propicia,
un silbo volador, inalcanzable,
como animal feliz que cruza al trote
por la esquina donde el tiempo dobla
y alarga su indolente desperezo.
Abalanzarse así, sin precauciones,
nadar a contramano, celebrar los deslices,
adelantar la entrega al roce de las aguas
en la fruición audaz del cuerpo abierto,
y asomar el oleaje interior con desparpajo,
dejando que las olas de afuera y las de adentro
se mojen y se abracen en su afán persistente.

BROTE

*Esa pujanza agraz
del instante, tan ágil*
JORGE GUILLÉN

Una irrupción voraz, encabritada,
suele bullir en mí:
prorrumpir en los ritos
de un desacato que se yergue adentro.
Es así como avanzo
despertando los pasos,
abierto a lo imprevisto y afincado,
removiendo las vísceras del tiempo,
alebrestado y rápido,
buido.
Es así como logro,
cobrar la deuda incierta
recobrar el impulso
y empezar
el erizado ardor, el ritmo pleno.

FERVOR DEL MOVIMIENTO

El deseo mismo es movimiento
T.S. ELIOT

El entusiasmo brioso,
no hay más nada:
un comienzo unas ganas un empuje
sin un prestigio de finalidad,
sin plan ni permanencia:
solamente construir
sin el braceo orondo del intento,
sin empeño, sin ínfulas de impulso.
Sólo el arrastre, sí,
seguir el flujo,
aprovechando cada brote ínfimo,
sin terquedad ni ceño,
con aliento,
sin pretensiones sin que nada importe,
sólo el goce secreto sólo el ímpetu
y el palpito encendido:
no hay más nada.

AUGURIOS

Que algún frenesí diurno disipe con audacia
el nocturno rencor que va envolviéndonos.

Que uno pueda agarrarse a los costados
salvadores de esa luz rampante.

Que el hálito atrevido se entrometa
y derrote la abrupta contumacia
del fracaso que humilla al movimiento.

Que el rojo de la sangre se acelere.

Que en la piel no permanezcan manchas
cuando uno emerja al fin, ya despejado.

Que las mañanas salten como peces vibrátiles
y pueda uno desayunar despreocupado
un alimento activo, comparable
a los frutos del sol, largos y lúcidos.

ANDAR A SALTOS

*Quiero bailar
desgarrado por impulsos inauditos
para que Dios en mí respire libre*
LUCIAN BLAGA

¿Por qué no andar saltando
y bailar siempre,
por qué no aventurar la doble vida
en la tierra y el aire,
aunque sea a sorbos breves,
en un itinerario quebradizo,
atropellado y tosco?
El desmañado esfuerzo,
torturado por su hambre de elegancia,
no tendría la liviana valentía
del ave o el insecto,
ni el terso hervor del vuelo
sin arrepentimientos.
Le haría falta volar sin el estorbo
de una conciencia en vilo,
sin el fermento adverso de la culpa
de saber que se intenta y no se sabe.
Pero el salto es mejor que el acierto sin riesgo.
Aun la burbuja,
partícipe del agua y de los aires,
conoce la fugaz concupiscencia
de la eclosión, la delgadez airosa
de no ser y de ser al mismo tiempo.

LA MAÑANA DEL CUERPO

*...Un prodigio de abreviaciones
e ímpetus, una escritura corporal*
STÉPHANE MALLARMÉ

El porte despejado, matinal, sin apuros,
un resplandor erguido de geometría fugaz,
y el apoyo tranquilo que ofrece a cada paso
la límpida prestancia de la sinceridad.
Una elegancia táctil, pensativa, inmediata,
la difícil pasión de oír sin traicionar;
esa levedad frágil de sal adolescente
y la perseverancia de danzar la verdad.

Irrumpe la mañana encendida en el cuerpo
y levantan los músculos su voz recién abierta.
Se despereza el baile, se despliega, murmura,
con la continuidad insistente del río,
la trémula paciencia de la espuma,
la quietud erizada de la hierba,
y el ímpetu liviano del viento al avanzar
con tan poca soberbia que hay que llamarlo brisa,
con tan calmada urgencia que hay que llamarlo danza.

*para Sonia Sanoja,
por supuesto*

INICIACIÓN A LA MÚSICA

*La sabia música
falta a nuestro deseo*
JEAN ARTHUR RIMBAUD

Busquemos un sonido que sea independiente,
totalmente desinteresado.
Que simplemente suene, que no sea
prisionero de pauta o partitura,
Que no sea comedido ni desmedido ni
tampoco medido: ni siquiera en compases.
Que si se hunde no llegue a música de fondo,
y si se queda a flote no sea de superficie.
Que no guarde silencio ni tampoco lo pierda.
Que requiera tender el alma para oír.
Que no valga la pena, que valga la alegría.
Que su verdad no nazca de la repetición.
Que deshoje el espacio y lo desmarque así,
con su huella de pájaro intangible.
Que haga del cuerpo alzado una ingrávida copa,
y la vacíe y la llene de brindis primordial.
Que sea sonido y su contrario: música:
abrazo del sonido y el silencio.

*para Alejandra y Aragua,
siempre musicales*

PERFUME DEL INSTANTE

*Si el tiempo todo es eterno presente
El tiempo todo es irredimible*

T.S. ELIOT

Instantes, signos de quién

PAUL CELAN

Entre víspera y luego,
va el delgado clamor
del elusivo ahora: lo único que es.
Corta el filo insaciable, el filo movedizo,
la carne tersa y tensa del instante.
Pues lo que fue ya fue,
ya desplomado, ajeno,
manchado por el tizne del olvido.
Y no es todavía lo que será,
abrasivo, inminente,
devorado en la angustia, en el después.
Esos dos espejismos nos succionan:
los pozos obsesivos de mañana y ayer,
Desgarro insuficiente, subrepticio,
el instante profiere su perfume,
pero nadie lo nota.

para Laura Antillano

INTERRUPTUS

*La verdad, atada
a vestigios de sueño abandonado*
PAUL CELAN

El destiempo del sueño interrumpido,
ese interregno mínimo
donde asoma el mordisco
del pensamiento insólito,
donde penetra adrede
la saliva gratuita del espíritu,
y deglute el pan brusco
que ha masticado el cuerpo.
Donde se esfuerzan ambos
(el cuerpo y el espíritu)
en ser cada uno máscara del otro,
sin fingir arrogancias separadas
ni tampoco fundirse.
Es en esa garganta
donde duerme y despierta el estertor,
el ronquido mordaz de la presencia
y el poderoso ruido de la ausencia,
el destiempo del sueño interrumpido
donde es posible ver sin asomarse,
sin esperar la espera,
sin prestar atención.

IMPRUDENCIA

Animal procaz, tenso,
erguido entre las piernas del calor,
aguerrido y activo,
hasta insurgente,
o flácido y fugaz,
desmadejado,
sin búsqueda ni esfuerzo,
sin relieve.

Así se ve empujado
a ser cada uno aquí,
en esta tierra brusca
que ignora la prudencia y los detalles,
que se queja o se inunda,
que prorrumpe
en aguaceros broncos,
brutales y cantantes,
o se seca después,
con agria terquedad desesperada,
en este clima crudo,
amotinado.

Cada quien calla o grita
sin saber las canciones,
sin ocultar el ruido,
sin oír el silencio.

DANZA MALIGNA (Camille Saint-Saëns)

Hay quienes bailan con ritmo fraudulento,
sin respetar la música ni tampoco el silencio,
disparan ademanes que rompen los instantes
y los dejan abiertos como frutos indignos.

Hay quienes bailan con rápida ignominia,
ladrando en la jactancia de los músculos.
Ignoran en su brusca desazón las canciones
del cuerpo, pero ignoran su ignorancia.

Hay delincuentes del cuerpo que se entregan
a la cojera íntima, a los giros torcidos,
a la celebración malsana del enredo.
Y sólo reconocen como cadencia propia
la percusión hostil que despoja los pasos
y les quita la gracia, ese indicio del alma.

SALIR DE VIAJE

Acometer un viaje es siempre la acrobacia
de andar en vilo en vez de estar en casa.
Sale uno de sí mismo pero queda,
y aunque pierda una vida obtiene otra.
Los objetos amados, que son los más inútiles,
no entran en el mezquino caudal de la maleta.
Los hábitos extienden el reticente cuello
y uno los decapita, resignado,
no vaya a rebrotar y maniatar el gesto
la usual enredadera del arrepentimiento.
Se dejan pues temblando como tímidos hongos
los muñones del tiempo detenido,
y se va al aeropuerto, al vacío, al después.
Luego despierta uno y llega al otro mundo
con los ojos colmados de desconocimiento.
Tras lavar las costumbres quitadas de los párpados,
emprende una gimnasia de miradas distintas.
La hora de comer es ahora deshora,
tropezando se traza el mapa del hotel.
Cambian la resonancia de la prisa y la pausa,
la insistencia del sol, la actitud de los árboles.
Comienzan otros trances, apuestas imprevistas,
la incertidumbre mórbida de aprender otros bailes,
la aturdida sorpresa de los nuevos enigmas,
y la sabiduría perpleja de ser nadie.

VOLVER A CASA

*Nos queda la calle de ayer
y la mimada lealtad de una costumbre*

RAINER MARIA RILKE

Al regresar del viaje
hay que rehacer los vínculos
las conexiones ínfimas, las raicillas rotas,
reanudar el arraigo que se dejó latente,
y recobrar la tos, la hora del remedio.
Curarse la nariz envilecida ayer
por un frío extranjero, perentorio,
y rellenar papeles que postulan la hipótesis
de que uno es quien ha vuelto, una presencia plena,
con dirección que puede ofrecer al taxista
mientras el taxi asmático remonta las colinas.
Las ropas, los zapatos, huyen de la maleta,
se insertan en el orden de siempre, con alivio.
Y la casa reincide en su respiración,
en su complicidad de bestia cuidadosa.
Uno encuentra los grifos, los switches de la luz,
las corrientes de aire en la mañana calma,
y restaura los tubos que le traen agua al cuerpo,
un agua que circula por dentro, como propia,
que refresca el descanso con húmeda paciencia,
y permite a la voz más personal fingir
la mentira prudente de ser alguien.

CONTRA NATURA

*En la luz desgarradora
en la que ya no se trata de vivir*
ANDRE BRETON

Qué vicio, la nostalgia: arpía discreta,
destituye al presente con voz muda,
y va extrayendo hechizos mortecinos
de la memoria en que el engaño cunde.
Así anhela los dones fugitivos
que habitaron quizá el caudal del cuerpo,
y los celebra como si fueran restos
de algún tesoro ahora inexistente:
el resquemor de una pasión vencida;
la huella cóncava de algún abrazo;
el siseo huidizo de la antigua
palabra sugerida, acaso ardiente;
el ácido sabor difuminado
del fragmento que falta al fruto roto...
Y el vértigo también: una luz turbia,
vejatoria y mordaz: duda creciente
de si hay felicidad,
de si algo existe.

AUTORRETRATO DEL DESCONOCIDO

*Quizás ya no haya tiempo,
ya no haya tiempo para verme*
ROBERT DESNOS

*El olvido no está completo
Y necesito todavía aprender a conocerme*
PIERRE REVERDY

Hoy me crucé conmigo
viniendo de otra calle.
Había razones obvias para reconocermé,
pero no fue tan fácil,
tan de primer vistazo:
Perplejo comprendí que no me eran familiares
completamente todos mis rasgos familiares.
Entonces los hallazgos repetidos
al levantarme apenas, quizás sean ficticios.
Pues es sabido bien que fantasea el espejo:
rara vez el reflejo es meramente fiel:
Allí ve uno el ojo pero no la mirada,
¿y qué decir de aquello que sólo podría verse
por la espalda, o el fulgor o la rabia
que uno le expresa a otro,
pero nunca a sí mismo?
Es hora de empezar a dibujarme,
a dibujarme a diario, hora tras hora,
a ver si capto así, con insistencia,
el vago autorretrato de algún desconocido.

para Edgar Rodríguez Larralde

VOTO DE DESCONFIANZA

*El gran "Yo" es un intruso desafortunado
En conflicto con el "yo cansado", el "yo dormido"...*
STEPHEN SPENDER

He aquí el problema clásico de las muñecas rusas
¿Si a mí me mueve un yo
dónde está el yo del yo?
Un balbuceo incómodo
reverbera en las sílabas de esa maraña móvil.
¿Un tallo o una rama,
o el quebradizo borde de una espiga?
Si la savia es común y alimenta las partes,
solamente la savia puede decir soy árbol.
Pero algo tan simple se nos escapa siempre.
No hay respuesta tajante
que evite la mudez del encandilamiento:
Si la llamada luz de la conciencia
acuciante, lanzada, temeraria,
se extravía en los espejos al entrar
¿dónde empieza esa luz?
¿cuál de los yos es yo?

DESVIVIRSE (¿poema? ¿tango?)

*-Uno no hace nunca nada de su propia vida
-Pero ella hace cualquier cosa de nosotros*
ANDRÉ MALRAUX

No moldea uno su vida
qué más da.
Se empeña, sí, y lo cree
y evita contemplar
la arenilla arrastrada, el desperdicio.

El procaz brillo de las ilusiones
se ausenta sin aviso, sin recibir la cuenta.
Quizás se oculta en la zozobra íntima,
en el fango somero
que moja cada paso,
para reaparecer con terquedad baldía.

No le da forma uno,
ni la protagoniza,
ni tampoco dispone de su vida,
pero ésta hala y sacude,
como un perro
juega con uno y roe
con displicencia,
y luego arroja lejos
o entierra
cualquier hueso,
cualquier figuración.

SOLO DE NOCTURNIDAD

*No espero a nadie
pero aquí está la noche*
PHILIPPE SOUPAULT

Creo en las noches
RAINER MARIA RILKE

Suelo dormir la siesta para luego, en la noche,
quedarme alerta hasta muy tarde, aislado,
envuelto en jazz, en tangos, en música de cámara,
en disparos lejanos y angustiadas sirenas.
A veces se me antoja ir a bailar afuera
y no dentro de mí, como acostumbro.
Entonces hago un pacto con el miedo latente
(que roe a todo el mundo) y lo engaño diciéndole:
yo no tengo problemas pues me sé cuidar solo.
Me han asaltado apenas un par de veces y
con pocas consecuencias: el reloj arrancado,
pero la vida no, esa me la dejaron.
Un residuo de ácido me salpicó la córnea
y un vestigio de muerte me quedó en la mirada.
Pero esa brusquedad no impedirá que insista
en donarle a la noche la pulpa de mi cuerpo,
los ávidos esguinces, la ráfaga interior,
cuando el baile dispare su tórrida impaciencia.
Ni podrá el arañazo de temor, la fisura
que surca la memoria, atenuar este íngrimo
menester requerido de madrugada y humo,
que me recluye a veces al fondo de un bolero,
y me deja transido hasta muy tarde, siempre.

LA DUDA Y LA DERIVA

*Para llegar a donde estás
desde el lugar en el que no te encuentras
deberás seguir un camino
en el que el éxtasis no existe.
Para acceder a lo que no conoces
debes seguir una senda de ignorancia.
Para poseer lo que no posees
debes recorrer el camino de la desposesión.
Para poder ser quien aún no eres
debes seguir el sendero en que no estás.
Y sólo sabes lo que ignoras
y lo que no tienes es lo que tienes
y estás donde no estás*

T.S. ELIOT

CONDICIONAL

Si uno pudiera, con fugaz sonrisa,
recordar el futuro y deshojarlo
como si fuera a suceder ayer;
o adivinar a tientas y a certezas
los entresijos rancos del pasado,
hasta aliviarlos con el aire ingrávido
de pliegues que no han sido...
Si uno tendiera el cuerpo
sobre el filo del tiempo
y fuera caminando con los ojos,
y mirando asombrado
con las inquisitivas plantas de los pies...
Si uno se desdoblara, en fin,
en este fin de mundo
que nace cada vez y desfallece ahí mismo,
podría beber el agua más exacta,
esa que se condensa en los minutos
y los convierte en gotas delicadas,
en parpadeos de una frescura súbita
que abre y cierra los ojos del instante.

LA CALMA DE LA LUZ

*Debemos estar quietos y movernos
hacia otra intensidad*
T.S. ELIOT

El atónito día abre los ojos,
mueve su rostro de flor asombrada.
Mira de abajo a arriba:
un lodazal oscuro,
las espinas torcidas de injurioso cariz
y el ramaje elegante,
levantado,
indiferente al áspero maltrato
del engreído viento...
Allí, en el lento espacio
entre el suelo viciado y el alto caligrama,
la calma evanescente de la luz,
el inminente despertar del brillo,
la risa de las cosas:
canción de los detalles que se abren.

LUZ Y TIEMPO

La luz, júbilo del universo
NOVALIS

La luz se va posando en cada rama
del día, en cada hora,
como si al ir volando decidiera
medir el tiempo y sus dificultades.
Así cuenta sus pasos, así extiende
su dúctil epidermis, hasta ir
encaminada en su radiante empeño
al extremo del mundo. Así acaricia
con gesto lenitivo, minucioso,
el rostro frágil de la flor abierta,
la indefensa mejilla de la hoja...
Y al ir de rama en rama,
descolgándose,
arranca los secretos del follaje,
desgaja los secretos del instante.

RESPIRACIÓN DEL TIEMPO

Uno respira tiempo, ese murmullo
que transcurre insistente por la tráquea,
distiende los pulmones, los activa
y los convierte en alma desplegada.

Así que el alma es una caja móvil
de anhelante tejido primordial,
que recibe y expulsa tiempo: lo respira
y se inspira.

Y así como celebra
esa aurora boreal, también se queja,
pues el aciago soplo de la pérdida,
la asfixia oscura del inoportuno
destiempo y la obstinada
flema del menoscabo,
recorren esos mismos conductos desvalidos,
entorpeciendo su ventilación.

Pero el tiempo no cesa: reconstruye
su premura de flujo encabritado,
desaloja los escombros lentos,
los marchitos residuos del quebranto,
y rehace su cauce
y restablece
su indetenible afán respiratorio.

GUERRA DEL DÍA

El día se desenfrena y se arroja a las aguas
aguerridas del tiempo. Va venciendo
los tímidos obstáculos que le opone la luz.
Y el chapoteo dispar de cada gesto suyo,
de cada hora brusca,
va salpicando espuma irresponsable
a las horas vecinas.

Esa natación torpe, atrabiliaria,
es enemiga de la razón solar,
pero sigue adelante, desgarrando
la vestidura trémula del aire,
y echándola a flotar, despedazada,
como desencantada fronda de jirones.

Después de culminar la ruta enardecida,
los huesos diurnos tiemblan de fatiga
y esconden un meollo de rencor y derrota.
Pero aún no se rinden, obcecados,
renuentes a admitir que la noche se instale,
y borre finalmente el día y su barahúnda.

LA PRADERA SECRETA

*El rocío está sobre la hoja
La noche en torno nuestro no descansa*
EZRA POUND

Cada hoja de hierba en la pradera
secreta de la noche, desafía
en voz muy baja al oscuro silencio.
Susurra una canción
obscena y, mientras vibra,
inflama el aire, rozándolo a escondidas.
Lo toca con su filo de furtivas caricias
y disimula, cómplice,
pues sabe que otras hojas
comparten su embozado arrebatado lascivo.

El crepúsculo ambiguo contamina la tarde.
Los días, a su pesar, ceden turno a la noche
con generosidad obligatoria, impuesta
por la obsesión simétrica del cosmos.
Después del sol ruidoso vendrá el gemido oculto,
resurgirá el comercio de sórdidas propuestas
y otra vez arderá el rumor insinuante
de la hierba que cubre el reino equívoco

REFUGIO

*¿Acaso no rige en la sagrada noche
no rige un grado, una ley?*
FRIEDRICH HÖLDERLIN

Un soplo sigiloso de caducidad sale
de las tempranas cabeceras del día.
Va marcando al desgaire con ceniza
el rostro inaugural de la mañana;
sigue después al oscilante cuello
del mediodía, a su pecho,
y va luego a ocupar
las piernas perezosas de la tarde.
La luz se va manchando con un polvillo opaco,
un polen insidioso...
Predomina, al comienzo,
un dorado liviano que se vuelve piel ocre
de la hierba soleada, o quizás oro viejo,
y al fin, en el ocaso,
afligido color de la derrota.

Así que prevalece un escalonamiento
entre las partes del cuerpo del día,
y entre los tonos de su luz, también.
Pero la piel se aja toda entera
en provisorio desafío al tiempo
que aborrece (sin duda) la simultaneidad.
Envejecer, entonces, será siempre
(en su empeño de red que abarca todo)
excepción a esa obsesiva marcha
y abrumadora culminación de ella.

La sincronía es raigal oficio de la noche,
con su torso indistinto, reunido,

su oscura voz que se oye desde todos
los puntos cardinales.
Diosa negra doblada por un hosco cansancio,
pero que emerge, como quien se quita
la piel del día, y se baña
en un agua lustral y decisiva;
y borra los residuos torpes de la aspereza
recuperando un manantial recluso
debajo de los ojos, más acá de la duda.

El tiempo no transcurre, no hay vejez en la noche,
pues en su luz oblicua el desgaste se anula
y sólo queda la lisura airosa,
esa fluencia flagrante, discurriendo
por el cauce obstinado del olvido.
No hay vejez en la noche: solamente
un vértigo espacial, un deambular sin tiempo.

ORFANDAD I

No sé si la orfandad deba entenderse
como falta de padre, pues el mío
murió hace treinta y cinco
años, y sin embargo
aún lo siento aquí, como cuando dejaban
él y mi madre que invadiera el lecho,
al entrar la mañana.

Padre está todavía, pero no la gran cama
donde desembocaba la luz con lustre abierto,
donde se armaban el mundo y sus detalles,
mientras jugábamos los tres un poco.

Esa desesperanza larvada, la zozobra
que a veces nos remuerde sin aviso,
cuando el día comparece y no encontramos
cama donde mudarnos ¿será esa la orfandad:
esa falta de abrazos mañaneros
que descalabra el día desde que empieza?

ORFANDAD III

*Recordarás que me esperaste tanto
y tendrás en los ojos un rápido suspiro*

GIUSEPPE UNGARETTI

Mi madre prefería oír valsos de Strauss
o un agobio de tangos, por donde atravesaban
hombres desengañados y mujeres desleales.
Había unos discos grandes de lento discurrir,
y ráfagas dolientes que surgían del programa
vespertino de radio “Taberna de Arrabal”.
Prorrumpía en su mirada un húmedo reproche
porque yo me burlaba: “qué música tan cursi”.
Y contestaba, absorta, con voz recalcitrante:
“cuando muera y regrese mi sombra en estos tangos
te vencerá el recuerdo, algún día lo verás”

Ahora estoy aquí, escuchando minúsculos
y refulgentes discos, que desbordan
la pesadumbre áspera del tango.
Los hijos me reclaman “por qué tanta derrota,
quita esa mala onda, preferimos el rock”.
Pero insisto en mi música y padezco
los estragos que inflige el desaliento.
Siento el escaso pelo, de pronto, recorrido
por la oblicua caricia de mi madre.
Ella sonrío diciendo, conmovida,
con un dejo de sorna, “¿te das cuenta?”.

ESPIGAS Y BANDERAS

Tendidas las espigas de caña
en aquel valle
bruñido de la infancia,
que aún no adivinaba la molestia de riscos,
ni consentía tampoco
pasadizos.

Tendidas toscamente las espigas
de cemento y acero, en este valle
donde estuvo Caracas, donde ahora
campean fieras hostiles,
y brotan edificios
como anónimos hongos,
en baldía mescolanza indescifrable.

Tendido este destino
de ciego vituperio,
de multiplicidad dispersa y poco diálogo,
con penuria de mástil
tambaleante
que ya casi no ofrece a su bandera
ocasión de flamear, abofeteada
por este viento crápula, roída
por su frágil nostalgia
de aquel tiempo
cuando flotaba en ondas fantasiosas,
acariciada por un cordial soplo,
y así remolineaba
aún sin compromisos,
vehemente en su afán, fácil y trémula.

LA PREMURA Y LA CALMA

*Ese residuo de muerte
que dejamos viviendo*
VICENZO CARDARELLI

Esos años de entonces, ya impalpables,
salen de la memoria con vigor y candor.
Ingenuamente prestos
a todo lo que venga. Rápidos como toros
juveniles que aún
no han conocido el ruedo, ni tampoco el olor
de sangre propia que empieza a envolverlos.
La muerte, ese espantajo incomprensible,
se metía en la gaveta perentoria
de lo ajeno, de lo que simplemente
no existe. Así esos años
arrastran un desfile de amigos y cervezas
y muchachas y un aire
imprudente y colmado
de canciones impúdicas que entonces eran nuevas.
Así van. De reojo,
miran sin comprender
a los años mohínos de ahora,
que se muerden
la cola y lentamente se la espulgan

VICIO IMPUNE

*El bien más grande reside
en la imaginación.*
NOVALIS

Cierta arrogancia empecinada, incólume
a pesar del aprisionamiento
en la creciente red de arrugas y fracasos,
me empuja a erguir el cuerpo doblegado
como si aún pudiera seducir...
El vicio impune de la imaginación
(festejo de exigencia repetida)
propone un ejercicio disoluto,
y así me extralimito, me endeudo con el goce.

Ese tramposo desparpajo entiende
que tras la travesía presunta dibujada
en el agotamiento, sin otra libertad,
quedan tan sólo dos rastros posibles:
una bruma de olvido, inapelable
ausencia que exaspera la doliente
zozobra de la edad; o la ceniza
que deja el ardimiento
ilusorio o flagrante, tranquilo o entregado
a la impaciencia tórrida del ritual clandestino.

SUSTITUCIONES

Es fácil la nostalgia: bastaría
columbrar el naufragio posible, si uno fuera
un barco que se inunda y lleva ya
el casco medio hundido, pues al fondo
hace peso la edad, lastre insidioso
que embaraza la vida pero deja
desplegado el velamen de la imaginación:
ese tenaz reclamo
que siempre pide más,
convocando los mismos ardores fugitivos
como si nada, nada, se hubiera disipado.

Entonces mira uno alrededor
y ningún punto cardinal responde.
Sólo antiguas imágenes gozosas
que animan el hervor de la memoria,
se desbocan y vienen a merodear aquí,
a mordisquear de urgencias este cuerpo
que casi no responde ya,
pero se alegra.

RESIGNACIÓN

La flor ensordecida alza las manos
a sus muchos oídos:
uno por cada pétalo.

Esa apertura múltiple la torna vulnerable
aun a los sonidos más leves, de manera
que está siempre muy tensa. Así la curva
de su liviano cuello viene y va,
en busca de posturas ajenas al escándalo
que cunde alrededor. Ya ni se queja:

tapa los tímpanos con gesto resignado.

Calla su repugnancia por los ruidos humanos,
y así, por cortesía, cierra ojos y oídos,
para que no se note su secreto desprecio.

Y falla en protegerse, pues no alcanza
a escuchar las tijeras (ese ladrido seco)
que se aproximan a su tallo frágil.

DELICADEZAS

Hay angustia disuelta, repartida
por todos los rincones de mi cuerpo,
por los miembros adictos que no logran
dar un paso sin ella, atribulados.
En mi trasfondo, este desasosiego
moviliza un latir de agua secreta,
que no se precipita con brusquedad: exhibe
malos modales sólo raramente.
Parece preferir, a la hora de escoger,
una malevolencia delicada
que me estremece, sí,
pero no me destruye.

GRIETA

Gaddir, nombre fenicio de Cádiz, significa “Ciudad Amurallada”. Y aun cuando no le dieran el nombre a una ciudad, las murallas altivas siempre la protegían. (Por ejemplo, de Siete contra Tebas en el drama de Esquilo, seis fallecen intentando escalar esas dificultades). Y sostenían la fama: Homero alaba las macizas defensas de Tirinto y Micenas, y a Troya –“bien murada”– que oponía al asedio su ahínco de escarpada resistencia.

Pero una sutil grieta interrumpía la huraña reciedumbre de esos muros. Un pasadizo reptaba bajo ellos hasta el precario manantial cercano, y permitía en secreto mitigar la sed de la ciudad, si era sitiada. Bastaba pues, al enemigo alerta, aprehender un husmo de frescura o alguna delatora huella húmeda, para encontrar el agua y la vía oculta y así infiltrar con sigilo la debacle.

¿Habrà siempre un descuido, un parpadeo de negligencia, un flanco descubierto, aunque nos dediquemos con esmero a blindarnos, a urdir impedimentos y cercas erizadas? ¿Es que no falta nunca la rendija, la brecha vulnerable en el resguardo, y seguimos cruzados de intemperie por más que nos cerremos?

¿Dependeremos siempre del soplo circundante
del agua escapadiza
que transcurre allá afuera?
¿Por qué buscar la levedad riesgosa
del líquido imposible?
¿Acaso hay que regar
el terreno recóndito
donde brota la flor del desamparo?

SINGULARIDAD

Dime ¿conoces tú lo irremisible?

CHARLES BAUDELAIRE

Las desgracias nunca vienen solas,
dice el refrán terrible (que pareciera griego):
promulga sin piedad esas nupcias fatales,
y da una risotada zahiriente.

Mientras un terremoto rompe a Esparta,
insurgen sus ilotas en Mesenia.
La guerra estalla entre Esparta y Atenas,
y en las naves que traen los beneficios
del mundo hasta El Pireo, llega la peste.
Esa duplicación de males en la historia
va repitiéndose de vez en cuando,
con ruda obscenidad y exactitud atroz:
Se muere un familiar y pronto cae
otro cercano, igualmente querido.
Y al perder un amor, cesa el empleo
o nos entrapa algún fracaso avieso.

La única desgracia singular
(que cuando adviene no da oportunidad
-sigilosa como es- de abrir los ojos
en busca de su lúgubre melliza)
a veces ni se nota al ocurrir,
de modo que no incumple la maniática
norma duplicatoria, pues no deja
ver la presencia suya o de su doble:
simplemente arrebatada la vida y, ya saciada,
sin mucho miramiento, echa a volar.

EMPEÑO

Esperanza es el aire mordido ansiosamente,
la bocanada débil, el afán,
el atisbo engañoso de salvación que acude
después de algún fracaso,
al insistir en escalar la cuesta
a ver si divisamos una escena más pura,
antes de desplomarnos otra vez.

Mas el oleaje nos envuelve siempre:
Remontamos la ola y ésta cae,
pero ya viene otra y nos levanta.
Y de nuevo emprendemos el braceo
como si ahora mismo, al elevarnos,
fuéramos a inhalar mejor oxígeno,
fuéramos a volar
ya sin caída.

HERMENÉUTICA

La palabra es un lodo transparente
que ensucia, envuelve, tizna,
y sin embargo,
tira continuamente de las greñas
del hirsuto sentido, y lo ayuda a salir
al aire circundante.

Favorece la búsqueda
subrepticia de grietas
por donde ha de escapar la víscera doliente
que el lenguaje recubre:
eso arduo que está allí,
lo primordial,
lo áspero inasible,
que demora
detrás.

VERDAD Y MENTIRA

*La verdad es que la verdad
no existe*
IÓSIF BRODSKI

¿Quién dice que podemos mentir
serenamente,
sin que se agriete la torcida máscara,
la piel empecinada de cordura,
y nos traicione un estallido
abrupto
que desafíe las leyes de la búsqueda?

¿Y quién nos asegura
que detrás de la lluvia
de gesticulación agarrotada,
de tanta verborrea disculpatoria,
se oculte la verdad,
la oscura fuente?

FALLAS DE LA MEMORIA

*La memoria despliega sólo imágenes
y a mí mismo, yo mismo ya no soy
sino la anonadante nada del pensamiento*

GIUSEPPE UNGARETTI

Al deambular en vueltas distraídas
por la honda galería de la memoria,
veo raras señas que me desconciertan.
Un mecanismo pródigo me entrega
regalos de dudosa procedencia:
placeres que no creo haber conocido
y sin embargo inflaman mi apetito
con astutos halagos, falsas joyas,
huellas ficticias de pasos que no he dado,
y ardidés sospechosos, trucos de ilusionista.
Pero en cambio me faltan los ahorros
de cuando iba paseando y metía en los bolsillos
una fragancia súbita, una razón de vida.
Hay sólo aguas tranquilas, disfrazadas
de recuerdos tardíos, pues el oleaje
olvidó hacer espuma y sólo intenta
un balanceo trivial. Y también falta
el soplo aquel que a veces me animaba:
un íntimo celaje fértil y movedizo,
quizás indescifrable, cuyo trazo
algo crucial decía, que ya he borrado.

FÁBULA DEL ESPEJO

Quizás es porque duda a veces, porque miente
con descaro cuando nos complace,
lo cierto es que el espejo está anegado
de légamo indeciso, y hoy desborda
un sabor a ceniza y desconcierto.

Lo abruman tantos rostros que pasaron por él
y entre ellos, los rostros que han pasado por mí
(venciéndome, vejándome con líneas prematuras)
se asoman y reclaman su legado de sombra.

Entonces el espejo da la espalda
en silencio y solloza para sí.
Oculta con piedad los hilos arrancados
de esta vida que va deshilachándose,
mientras la sutil fábula
que sale de sus labios
se entrelaza al olvido, su cómplice secreto,
y teje distraídas ficciones melancólicas.

MENTÍS

*Bórrate
y guarda el secreto*
SERGE MEURANT

¿Y si me desmintiera al desvestirme?
¿Si la ausencia de ropas, al quitarme
la usual presentación y la presencia,
desdijera de mí y no me dejara
permanecer, ni proseguir tampoco?

Así se volverían humo huidizo
los superfluos detalles habituales:
Esa sonrisa desplegada a diario,
pero baldía en el rostro de mi sombra,
que no responde adioses ni saludos
a esta hora de la noche.
Los gestos repetidos
que caen como hojarasca
y se reúnen con las vestiduras,
donde las dejo a ver si al día siguiente
siguen estando allí. Y esas costumbres
gastadas de fingir
que afirman algo, que defienden algo,
cuando sólo cultivan el hastío
y nunca erigen un fervor propicio.

Al irme desvistiendo me desmiento
y avanzo hacia la noche al acostarme,
aferrado al latido de mi cuerpo
que persiste desnudo, cantando su estribillo,
como si fuera otro, como si fuera el mismo.

ANATOMÍA DE LA DUDA

Al intersticio inútil entre la piel y el alma
(órgano sin ninguna función reconocida)
se acercan los ambiguos vacíos
y las carencias
que siempre nos horadan, las lentas cavidades
del tejido esponjoso,
de esa materia esquiva que nos caracteriza.

Vienen a ver si logran escapar,
como preguntas tímidas,
desde esa falsa orilla,
dejando atrás la dureza engreída,
necia y compacta, de la certidumbre.

Pero a veces prefieren rescatar el temblor,
replegarse y volver al interior del cuerpo,
para así devolverle esa tensión volátil
de la perplejidad, esa espuma evasiva
de la duda,
combustible inquietante que nos mantiene en vilo

VIAJE INCIERTO

Tú navegas, te abrasas y te apagas
PAUL CELAN

Al partir de mí mismo
hacia quién sabe dónde,
he aparejado un irrisorio barco,
con tambaleantes ansias en la proa
y poco afán en las caídas velas.
He olvidado la brújula, el sextante,
o cualquier otro instrumento que sirviera
para fijar el rumbo. Sólo tengo
un instinto febril y antojadizo
que toma por estrellas los fulgores efímeros
de la pasión, del gusto momentáneo.
Y así cruzo los mares, empujado
por la certeza de que nadie, nadie
me espera. En la bitácora
voy pegando retratos desvaídos
de mis antiguos rostros: un recuento
atrabiliario que servirá de guía
a quien quiera entenderme.
El mapa amplio
que la desolación despliega; el desencanto
que habita cada puerto; el vino joven,
para empapar el alma de ficciones:
son esos compañeros, confiables por fugaces,
los que me animan a seguir el viaje
a ver a dónde lleva.

EXTRAVÍO INADVERTIDO

*Nave que se desliza
sobre abismos amargos*
CHARLES BAUDELAIRE

¿En que extravío vivimos? Las estrellas
ahora nos niegan su magnánima guía.
Todo viaje es disperso, aunque nos sobren
instrumentos sagaces, cuidadosos,
dotados de pericias impecables.
Pero en la travesía del alma (la que importa)
de nada valen esos ojos fríos,
ajenos a la duda y la imprudencia.
¿Cómo atinar, cuando es un mero cálculo
impávido el que se usa
para escoger entre las nervaduras
que atraviesan el ala de la noche?
¿Cómo seguir la errancia impredecible
de la sangre, su pulsación transida,
su ferviente y oscuro encendimiento?
Hemos creído prescindir con éxito
de la adivinación, esa ciega lectura
de los secretos ímpetus, que sólo
alza los dedos húmedos y observa
la dirección en que los seca el viento.
Pobre sabiduría, enorgullecida
en vano, es ésta nuestra,
que prohíbe advertir el precipicio
y siempre lleva a él.

PENÉLOPE

Si terminara el viaje divagante
(entretenido en puertos, en infamias
en pulsátiles cuerpos que proponen
interrogantes largas, retorcidas)
si el viaje concluyera
y el retorno
tocara al fin la playa cadenciosa
de la anhelada reconciliación,
encontrarías a tu orgullosa Dama
hinchida de gozar sin esperarte,
entregada a los muchos pretendientes
sin tejer subterfugios, sin excusas,
retozando en sus múltiples galopes,
enriqueciendo sus audaces mañas
con lo aprendido abriéndose, que abrirse
añade hondura a la pedagogía,
y así revela torsiones depravadas,
nuevas succiones de inquietos esfínteres,
una pluralidad atesorada a diario
ardientemente, asimilando todo
(Parca sin parquedad,
Bacante fáustica)
para enseñarte luego,
y devorarte.

MORADA AÉREA

*Incluso la estatua
para no caerse, necesita
no perder el deseo de vivir*
VLADIMIR HOLAN

Hurgar en la espesura del día
y crear la senda
que nos permita andar sin sobresaltos.
Aligerar las piernas del que emprende
con reticencia un viaje y, por si acaso,
alista un equipaje de dudas entreabiertas,
y de camisas cómplices, holgadas,
que apenas rocen el alma adolorida.

Hacer poroso el ánimo, insistir
en recobrar la espera y la esperanza
de un porvenir frutal y levadizo
y así cavar allí, bajo la huida,
la imagen transitoria de un refugio,
de una morada propia,
aunque sea aérea.

DESASOSIEGOS

*Por el momento nada me ampara
sino la lealtad a mi confusión*
JOSÉ EMILIO PACHECO

*Qué polvorienta respuesta
obtiene el alma
cuando por certidumbres
en esta vida arde*
GEORGE MEREDITH

POÉTICA TERSA

No se respira voluntariamente.

No. Respirar no es

un torpe forcejeo deliberado.

El aire se abre paso sin quererlo

ni renunciar tampoco. Simplemente

viene y va , dibujando un ritmo terso

Así debiera ser la poesía:

Ni ocio ni negocio voluntario.

Respirar levemente línea a línea

hasta llenar la página, quizás,

y detenerse luego, al revisar,

comprendiendo que se vivió un poema:

Una constelación de impulsos, de latidos,

reunidos con naturalidad

por la ley de los astros, por el giro

sosegado de cada palabra,

por el irrenunciable trazo de la búsqueda

cuidadosa de voz convincente.

Sin vigor excesivo y sin debilidad.

Sin dolor, sin alivio...

Sólo así.

POÉTICA RUGOSA

¿Es que la poesía puede ser fácil?
Más bien arisca dádiva, promesa
descreída, brindis involuntario...
A veces inaugura caminos pensativos,
desbrozados trabajosamente
en la maraña indócil, la emoción erizada,
el complicado mapa de la perplejidad.
Pero bajo la fronda destella otra violencia:
los impúdicos frutos de la memoria ajena
y de la propia, siempre confundidas
en abrazo vicioso, retorcido.

Ni un solo verso fácil sirve de algo,
pues sería engaño, haciéndonos comprar
los livianos halagos de aquellos espejismos
que solamente flotan en aguas lisonjeras.
El espíritu erguido de la ola
debería caber en nuestro cuerpo
al romper la indolente superficie
-aunque la brusca espuma nos disfrace
trivialmente y oculte lo esencial-
pues lo más hondo no se ofrece nunca
en evidente entrega. Está debajo:
recóndito hervidero prohibido;
díscolo flujo que levanta enigmas
escabrosos, fermentos apremiantes,
insomnes rasgaduras del trajín rutinario.

No se puede llegar a parte alguna
sin ir despedazando los huesos y dejando
fragmentos como marcas,
óseos señalamientos
del hálito de muerte que atraviesa la vida

y la estremece así,
haciéndola vivible,
llenándola de joyas instantáneas,
de rebeliones rápidas, de esfuerzos
seguramente ímprobos pero siempre festivos.
No hay fervor sin bordear
algún despeñadero.
No hay camino soleado sin encandilamiento.
No hay poesía sin más dificultad.

LA MIRADA FALLIDA

*Ciegos, a no ser que
los ojos reaparezcan*
T.S. ELIOT

Si la mirada procura socavar
detrás de las confiadas apariencias,
queda pronto reclusa
en el envés equívoco.
Allí agita un revuelo
de dudosos atisbos
y rema sin cesar,
montada en la canoa disparatada
de los prejuicios rancios,
mientras en torno suyo
la enigmática fauna
que desde lejos creyó identificar,
se desliza burlona
y desafía
todo amago de reconocimiento.
Sólo quedan entonces
una ebriedad ambigua,
esas ganas difusas de entender,
una ofuscada desorientación,
y la inútil certeza
de no haber comprendido.

ALCANCE OCULAR

Cuando advertí mis pupilas tan grandes
(esferas negras desproporcionadas
en mis ojos escuetos)
creí que el mundo entero
cabría en ellas,
que sin esfuerzo podría desentrañar
sus secretos más hondos.

He estado años en eso, formulando
preguntas incesantes,
labrando con los ojos
y escarbando sin pausa
en la piel desmedida de lo real.

Y, por supuesto, la acerba decepción
no ha tardado en morderme:
los detalles
escaparon veloces, con astucia
huyeron por los bordes impotentes
de ese campo visual tan pretencioso
que los buscaba, inepto.

Al igual que cualquier
método intelectual, la mirada,
aunque sea penetrante,
no puede siempre sino fracasar.

NATACIÓN

Si al uno mordisquear la realidad
le extrae jugos dormidos,
y si al uno mojarse en esos zumos
se confunde y diluye,
y ya no sabe dónde están las manos,
las piernas, la cabeza,
no es ese descalabro
suficiente razón para dejar de espiar
las vísceras del mundo
que se vislumbran al borde sospechoso
de su interior transido.

Si uno quiere vivir y ser arúspice,
mantener la distancia y sumergirse,
entender y gozar (junta difícil),
hay que bracear mirando siempre al frente...
Pero tampoco es posible renunciar
a ambas caras pugnaces de lo mismo,
a los dos movimientos de la tensa,
ambivalente natación urgida.
No hay más remedio pues que ir viviendo
y detenerse a veces
a comprobar el rumbo,
a preguntar, quizás...

CORRESPONDENCIAS (Charles Baudelaire)

Si al dibujar los rasgos del sonido
pudiera uno distinguir las gotas,
los detalles rodantes,
los ruidos delicados
que una manía perversa de ampliación
suele volver estruendo;
si se pudiera rescatar al menos
la sutileza, enferma desahuciada;
si pudiera impedirse que la sangre
estremeciera el cuerpo con su fragor oscuro;
si pudiera captarse levantado
el polvo del galope
de la vida jadeante
que prorrumpe en intrépidas torsiones;
si pudieran mirarse los pliegues de la música,
los trazos del murmullo, el perfil del silencio,
y escuchar ese adagio: un arcoiris
de colores en ciernes a punto de danzar...

Entonces se podría quizás oír al ver.
Y así un caleidoscopio de móviles canciones
asaltaría los ojos,
abriría los párpados,
y al fin permitiría oír el sol,
oír el desperezo de la luna,
y ese susurro hondo de los huesos
que sostienen el tiempo
y levantan los brazos
donde cuelga como una telaraña
la inescrutable red del porvenir.

DON DE PERPLEJIDAD

*Y cuán turbado está uno que tiene que volar...
Como asustado ante sí mismo,
cruza en zig-zag el aire*
RAINER MARIA RILKE

Conocer cada palmo del desierto
es radical sabiduría de nómadas,
y audaz empeño de los fervorosos
cultores del vacío.

Conocer en detalle los recodos del bosque
es acceder al filo de fragancia
favorecida siempre por los claros
sacerdotes de la plenitud.

¿Cuál resquicio del aire recibimos
los que advertimos señas en la fronda
y consignas trazadas en la arena,
los militantes de la cuerda floja,
los deudores de la cuerda tensa,
los que aleteamos sin sabiduría,
los pájaros perplejos?

para Erika Reginato

DESMEMORIA

En su descalzo juego, la memoria
procede con cautela, sorteando los obstáculos,
evitando agitar innecesariamente
tanto residuo falso, tanto resto
de vida derrumbada. Lo proscrito
palpita en escondrijos,
evita los anzuelos exigentes,
y persevera en ese fondo anónimo
hasta adoptar un disfraz arbitrario:
recuerdo tambaleante, sueño cómplice,
ciego pez aturdido que surge retorciéndose
desde algún pozo último. De allí,
renuente lodo que todavía duele,
brota con ronca urgencia
(atormentado esconde
voces inconfesables).
Las huellas, donde estén,
son pérdidas presuntas,
fingidas permanencias, engaños maliciosos...
Solamente borrándose
puede uno perdurar.

RETICENCIA

Uno aprende a callar: la reticencia
da la medida exacta de la edad.
El silencio reniega. Cual tímido reptil
que al serpentear detrás de la elocuencia
ha buscado morderla
y sin embargo cede: capitula,
doblegado sin más por la costumbre.
Pero aquí está la duda, subrepticia,
entrabando las ruedas del lenguaje.
No más el regodeo en el adorno,
ni el chisme fútil, ni la algarabía.
La salvedad, el contraejemplo terco,
la cavilación lenta, solitaria,
predominan ahora. Sin escrúpulo,
uno aprende a amputar los ruidos vanos
con un filo indignado.
La irónica reserva
impone su acre vaho como al desgaire,
su perfume moroso,
su talante de flor arrepentida.

DECEPCIÓN

Las ventanas curiosas, al abrirse,
miran al horizonte desdentado
y las inquieta un aprensivo ahogo,
un reclamo fallido de amplitud.

Hay afrentas alzadas: edificios
con almas de adefesios,
o el macilento lustre discontinuo
del humillado sol.
Sol que fue tropical,
que argumentaba con tórrido brío
pero ahora se muerde los nudillos,
demacrado, indeciso,
dócil pelele oculto tras las nubes
de mohoso color,
que dejan pasar sólo esta luz harapienta,
antes audaz, hoy desacreditada.

Si las ventanas buscan solazarse,
pero del horizonte ya cariado
y del fervor solar venido a menos,
sólo obtienen agravios y cenizas,
¿cuál podría ser su altiva
respuesta desolada?
¿olvidarse del mundo y volver a cerrarse?

PUREZA REQUERIDA

El día va desnudándose
sin que uno pueda verlo.
Inaudito pudor en quien siempre es mirado
por el cielo y el aire. Pero así es:
sin ropas, desprendido de costras
intrascendentes, pulcro,
el día recela el merodeo del tiempo
pues (tímido) no quiere
ser atisbado por ningún canalla
escurridizo. Sólo
acepta la pureza,
la pureza frontal,
como salvoconducto que lo induce a franquearse.
Invasión evadida,
pasión de transparencia.

LÍQUIDA

Inasible, va y viene
el agua incólume.
Si se estancara en la sonrisa tímida
perdería vigor. Su permanencia
requiere fe apurada,
urgencia empecinada,
y desenfado de gozosa fluencia

Su ágil libertad comprometida
(esa móvil anuencia
pedida y entregada),
su atrevida inocencia,
su tranquila insolencia,
hacen manar desnuda el agua de la vida
que no cesa.

TORMENTA

No da cuartel ni pide,
el agua eréctil.
El viento encabritado no perdona:
Su tartamuda pronunciación rige,
como una ley malsana,
sobre la brusca gramática del mundo.
Recrudece la danza
mordiente de agua y aire,
que amándose se odian y desatan
su exasperado roce.
Y un bailoteo de hojas
(párpados de los árboles
que el viento arrancó ayer)
dibuja su enconada predicción,
amenazando puertas y ventanas,
desgajando la rabia.
Si tanta lluvia abruma hoy la tierra
¿volverá el esplendor?

PERSECUCIÓN

Aquí, noche tras noche,
un animal burlón,
escabroso, feroz, irremediable,
me castiga por dentro.
Y otro animal, agónico,
indeciso,
retenido en la trampa
de pensar demasiado,
pone en mis ademanes
la costumbre de huir.
Ambos cruzan, rugiendo
con empecinamiento,
el laberinto mórbido
de mi insatisfacción.
Se persiguen con saña
por túneles convulsos.
La insomne vaguedad
del predominio
corroe las apariencias
y entumece
la vigilancia cándida.
Así, nunca se sabe
quién va detrás de quién,

TAÑIDO

Y si resueno así,
si mi campana tosca
obedece al tañido de otro empeño,
al pertinaz reclamo que enardece
esta carencia ahogada
¿qué angustia rumiaré;
qué ruido o melodía
temblará en mi metal;
quién hablará por mí
cuando yo vibre;
cuál giro recurrente
erigirá su vuelo, su arabesco,
su pregunta indecisa;
quién seré yo al decir,
al sonar cavilando;
quién seré, cuándo, cuál
aturdimiento atónito
volcará su clamor desde qué órgano;
cuál garganta aferrada
dirá ahora yo soy, desde la oquedad tensa
de mi garganta?

ESQUIVO SOL

Por ásperas montañas
sube la expedición
hacia el desfiladero inaccesible.
Acaso allí palpite, engastado entre riscos,
el sol intermitente
que podría revocar el desaliento.
Los portadores del toscó equipaje
se han ido derrumbando, aquejados de amnesia
o de melancolía. Y en la vencida
ceniza de la tarde, yace la retahíla
de abandonados bultos.
Si quedara,
si perdurase al menos,
ese rastro harapiento serviría
para guiar el regreso. Pero vamos
semidesnudos en el frío ofensivo,
y alguna enfermedad debe acecharnos
con su garra de tos desde la altura.
Es la historia de siempre: toda búsqueda
vertiginosa suele
desembocar después en la derrota.
Pero el lento jardín
de anhelos truncos podría recomenzar.
Y quizás también salga el sol esquivo.

CALLOSIDADES

*Destino, si creíste que yo podía partir
debiste darme alas*
PIERRE REVERDY

Los rostros que uno tuvo, que uno fue,
se acumulan debajo de la piel,
excavan sus trincheras descaradas
al preparar la batalla pendiente.
Son torcidos secretos que demandan
sumisión, vencimiento, senectud.
Y al juntarse sus rasgos residuales,
forman protuberancias,
nos afean con estragos.

Estos cansados pies de ahora,
que recuerdan
sus fugas atrevidas, sus carreras,
llevan ocultos bajo la fatiga
los pies de antes
que engruesan la piel,
rumian un dolor arduo en las callosidades,
y maliciosamente desorientan
la limpidez del paso.

REGRESO

*quedarme hasta que llegue
la diligencia del abismo*
FERNANDO PESSOA

¿Seguir vivo te ayuda?
Al romperse el capullo
(nunca construido totalmente, es cierto)
en que creíste poder encerrar
la dicha momentánea;
al ver alrededor escombros melancólicos,
restos desvencijados de vida que no fue;
al retomar el erosivo hilo
de lo diario, lo sólo cotidiano;
al lavar vasos o juntar los libros
sin ninguna presencia que no sea la ausencia;
al ver tu propia imagen
desinflarse ante ti,
vas temeroso, vas dando pasitos
inseguros de niño, de aprendiz...
Ensayas gestos tímidos
de anciano que despierta al nuevo día
y ahuyenta el frío envolviéndose
en la leve frazada del alba titubeante.
El destello gozoso se degrada,
se aleja, opaco, lábil. Ya no sabes
si lo inventaste tú o si era compartido.
La inseguridad lastra la memoria,
su humo te acobarda, buscas aire...
¿Te ayuda seguir vivo?

OBLIGACIÓN

*De yerro en yerro, el espíritu exasperado
prosigue, a menos que lo restaure ese fuego purificador donde debes
moverte con mesura como danzarín*
T.S. ELIOT

Una danza trenzada nos convoca,
nos hace transpirar,
por si fuera posible
alzar la cara y despejar la bruma,
sentir la piel recubierta de gotas
de un rápido rocío desafiante.
Por si quitar la traba más difícil
de la base del cuello
reanudara la voz
y diera la ocasión de recobrar el ímpetu.

Debajo del bullicio de la sangre
se interpone un tropiezo, un traspié indigno.
Mas la afincada raigambre queda ilesa
y un salto perentorio
(pronunciamiento díscolo)
reivindica el honor sin artificio:
la altiva obligación de levantarse.

REFUTACIÓN DEL TIEMPO (Jorge Luis Borges)

Queda uno varado en la indolencia,
recostado a la sombra de las vicisitudes,
atraviesa los sueños y la insulsa vigilia
y de repente muere, en un parpadeo fútil.
Y luego resucita y se da cuenta
de que no murió nunca: sólo trastabilló.
El *rigor mortis* estaba en cada día
y el estertor de ahora sólo ha sido un engaño,
quizá una mascarada involuntaria
(mueca de muerto en vida),
un subterfugio para seguir vivo.
¿Pero acaso es vivir pasar y ser mordido
por los minutos, alimañas mínimas
que se ocultan debajo de las horas,
esas baldosas del incierto piso
donde camina el tiempo y nos empuja?
Mas si uno muere siempre y nace luego
sumido en la uniforme
marea que nos ahoga,
y eso ocurre sin pausa, en cualquier brizna
efímera del flujo anonadante,
eso niega el momento, su existencia
diferenciada y vívida,
su díscola irrupción inconfundible.
Si cada lapso es semejante a otro
y ninguno es distinto,
si nunca ocurre nada memorable...
¿no desmiente también esa monotonía
a la ristra de instantes que es el tiempo?

ALTERNATIVAS

¿Es el tiempo fornido, un musculoso
ser que mueve destinos
con sus cuerdas de titiritero?
¿Es su instrumento la caña de pescar,
y siempre extrae instantes
de su propia corriente,
para luego ofrecerlos a las vidas
como eslabones múltiples,
en tentador menú donde escoger?
¿O es la elección disfraz, burda añagaza,
y la oferta es monótona:
una sola manera de vivir cada lance?

¿O será el tiempo débil,
incapaz de imponerse,
más bien víctima abierta a los esguinces
de su errática fluencia,
descaminado por la incertidumbre,
por la falaz deriva
sirviente fiel de esa deidad infausta,
la diosa del traspíe?

Mientras nos preguntamos, todo sigue:
los esfuerzos del tiempo
lo aturden y lo cansan,
sus coletazos de huidiza bestia
quitan filo al acontecimiento.
Y nadie entiende nada,
ni el tiempo ni nosotros.

INMINENCIA

*Sólo los dioses socorren
con su ejemplo a aquellos
que nada más pretenden
ir en el río de las cosas*
FERNANDO PESSOA

Quizás esté en el borde tras el cual
la cascada se arroja en el vacío.
No estoy seguro de la embarcación
que me soporta, si acaso hay alguna.
No sé si la volátil disposición (rebelde,
aunque roída por un soplo acre
de resignación lúcida) estará
haciéndome aferrar
a una urdimbre de nada,
al apoyo falible
que apenas garantiza un sostén débil,
al derrotero incierto,
tan torcido que podría engañarme
y sin embargo obvio, fatal, ineludible.

Pero un frescor salpica del agua que me arrastra,
bendice las mejillas y promete
alguna ilusión lábil. Y ahí voy,
sumergido en el tráfago, olvidado
de la cascada que aparecerá.

FLOTACIÓN

¿Es que uno puede reemplazar el lodo
por una superficie
límpida y el propósito
de no hundirse o, si acaso,
si la caída agrade,
una torsión que ayude a respirar,
a izarse, a recobrar
el arrojo que dispara el cuerpo
hacia lo alto,
antes de tocar fondo,
o practicar las artimañas bruscas,
los trucos del buceo
a duras penas, con la intención tenaz
de subsistir ahora,
de seguir,
de sobrevivir sólo, aunque sea tarde?

RESCATE

Ya murió el entusiasmo y, sin embargo,
anda buscando un aliciente esbelto,
una ilusión festiva que desmienta
este yermo paisaje de fracaso.
El horizonte que ciñe su interior
está lleno de signos corroídos,
de insistentes desechos. Pero aún
se entretiene en la duda. Predispuesto
al hallazgo menudo, va y deambula
como si una rendija inesperada
pudiera devolverle la alegría.
Las certezas amargas que lo frenan
no logran convencerlo
de abandonar el paseo reanudado,
de no escarbar en el suelo difícil
a ver qué brillo es ese
que todavía persiste. Si lloviera,
si lograra acallar el hosco ruido
de la sequía, si el agua
con su móvil cerviz lo visitara
¿No despuntarían brotes escondidos?
¿No surgiría la hierba,
su erizado verdor,
su voz sonriente?

para Bel Gómez

ESCARAMUZA

No podemos zafarnos, ni flamear,
ni soltar las amarras e ir cantando,
si la brújula interna
nos aferra.

Es preciso quebrarla
si queremos
abrirnos al garete: divagar,
ir sorbiendo la gracia que salpica,
navegar sin sombrero ni camisa,
envueltos en la rauda escaramuza
de la brisa encrespada, del desborde.
Y entonces prodigarnos,
como si no importara el desperdicio,
porque habremos por fin recuperado
la intensidad, el soplo vehemente,
el fértil desenfreno,
el vuelo ágil.

TREPAR EL AIRE (William Butler Yeats)

Clavar pues inasibles travesaños
que dejaran subirse
paso a paso,
y así, en vez de volar,
tregar el aire
con modesta insistencia
para buscar la bocanada audaz,
el lustre avizorado,
pues la ingrávida apuesta
contraría
la reclusión pasiva,
el lerdo amparo.

Ir entonces pisando con cautela
cada escalón aéreo,
sin que cruja,
pues al crujir revelaría la torpe
curiosidad inquieta
por saber qué hay después...
y ese lastre insidioso
(obsesión degradante),
arruinaría la leve filigrana de alzar
el cuerpo reacio, con trémulo esmero,
impulsándolo apenas,
poco a poco,
reptando a tientas por el aire esquivo,
hasta no llegar nunca
a ningún sitio.

ÍNDICE

Prólogo de Rafael Cadenas...5

RIESGO DE CERCANÍA

Inútil reclusión... 11
Límites... 12
Sombra de la pasión... 13
Guacharacas... 14
Demonios elegantes... 15
Dios insaciable... 16
Susurro inevitable... 17
Desmembración del tiempo... 18
Testigo... 19
Doble faz... 20
Inadvertida... 21
Paciencia desplomada... 22
Guardia nocturna... 23
Mordaz espejo... 24
Po(c)eta... 25
Gélido llanto... 26
Destiempo... 27
La vecindad del riesgo... 28
Interrupciones...29
Acoso... 30
Fieras recónditas... 31
El ojo de sí mismo... 32
Deslealtad de la sombra... 33
Impuntualidad... 34
Flauta falaz... 35
Ardor precipitado... 36
Hambre de huellas... 37
Digiriendo al enemigo... 38

HABITAR EL INSTANTE

Donaire... 43
Pasión de aire... 44
Luz de siempre... 45

Lengua de mar... 46
Liviandad... 47
Bronco... 48
Descanso de agua... 49
Piedad de arena... 50
Casa de playa... 51
Restauración... 52
Llovizna... 53
Árboles de ciudad... 54
Caracas, fin de milenio... 55
Propósitos... 57
Brote... 58
Fervor del movimiento... 59
Augurios... 60
Andar a saltos... 61
La mañana del cuerpo... 62
Iniciación a la música... 63
Perfume del instante... 64
Interruptus... 65
Imprudencia... 66
Danza maligna... 67
Salir de viaje... 68
Volver a casa... 69
Contra natura... 70
Autorretrato del desconocido... 71
Voto de desconfianza... 72
Desvivirse (¿poema? ¿tango?)... 73
Solo de nocturnidad... 74

LA DUDA Y LA DERIVA

Condicional... 79
La calma de la luz... 80
Luz y tiempo... 81
Respiración del tiempo... 82
Guerra del día... 83
La pradera secreta... 84
Refugio... 85
Orfandad I... 87
Orfandad III... 88

Espigas y banderas... 89
La premura y la calma... 90
Vicio impune... 91
Sustituciones... 92
Resignación... 93
Delicadezas... 94
Grieta... 95
Singularidad... 97
Empeño... 98
Hermenéutica... 99
Verdad y mentira... 100
Fallas de la memoria... 101
Fábula del espejo... 102
Mentís... 103
Anatomía de la duda... 104
Viaje incierto... 105
Extravío inadvertido... 106
Penélope... 107
Morada aérea... 108

DESASOSIEGOS

Poética tersa... 113
Poética rugosa... 114
La mirada fallida... 116
Alcance ocular... 117
Natación... 118
Correspondencias... 119
Don de perplejidad... 120
Desmemoria... 121
Reticencia... 122
Decepción... 123
Pureza requerida... 124
Líquida... 125
Tormenta... 126
Persecución... 127
Tañido... 128
Esquivo sol... 129
Callosidades... 130
Regreso... 131

Obligación... 132
Refutación del tiempo... 133
Alternativas... 134
Inminencia... 135
Flotación... 136
Rescate... 137
Escaramuza... 138
Tregar al aire... 139

Jesús Alberto León

La Victoria, Venezuela, 1940.

Biólogo y matemático (Universidad Central de Venezuela), PhD (Universidad de Sussex, Inglaterra). Es profesor titular en la UCV y ha sido profesor visitante invitado en las universidades de Stanford, Harvard, Trieste, Sao Paulo y Kyoto. Reconocido internacionalmente como uno de los iniciadores de la Ecología Evolutiva Teórica. Se le considera uno de los fundadores del relato venezolano contemporáneo con los volúmenes *Apagados y violentos* (Tabla Redonda, 1964) y *Otra memoria* (Monte Ávila Editores, 1968). Su obra poética comprende *Desvestiduras* (Contextos, 1991), *Despojamientos* (Fundarte, 1997), *Riesgo de cercanía* (Eclipsidra, 2001), *Habitar el instante* (Monte Ávila Editores, 2005), *La duda y la deriva* (La Nave Va, 2006) y *Desasosiegos* (Editorial Equinoccio, 2010). Su trayectoria multidisciplinaria le ha hecho merecedor de importantes distinciones: Premio Municipal de Prosa de Caracas (1968), Mención Honorífica en Poesía de la Bienal Ramos Sucre (2000). En Filosofía ha sido merecedor del Premio Federico Riu (1ª Bienal, 1991); en Ciencias del Premio Francisco De Venanzi (UCV, 1991), Mejor Trabajo Científico (Conicit, 1991) y Premio Lorenzo Mendoza Fleury (Fundación Polar, 2001).

Poesía

COLECCIÓN Voz Aislada

- El ciervo*/Yolanda Pantin
Ojiva/Néstor Mendoza
Piedra a piedra/Hernán Vargascarreño
Manos/Edda Armas
Umbrales donde apenas llega la luz /Rafael-José Díaz
Alambique/María Teresa Ogliastri
Monólogo de Jonás/Rómulo Bustos Aguirre
Anábasis/Adalber Salas Hernández
Primero inventaré el bosque/Ela Cuavas
Ruido de clavículas/Jacqueline Goldberg
Mecánica/Víctor Manuel Pinto
Tema de miseria/Tibisay Vargas Rojas
Escozor/Bibiana Collado Cabrera
Casa giratoria/Henry Alexander Gómez
Desmesura/Víctor Rivera
Agonía de los días terrestres/Ricardo Montiel
Litorales/Jorge Iván Jaramillo Hincapié
Textos por fuera/Eleonora Requena
sed plural/William Jiménez
Habrà una casa/Igor Barreto
El arca de Gokú/Zeuxis Vargas Álvarez
Geometría de la grieta/Jairo Rojas Rojas
El único refugio son los párpados/Marta Jazmín García
El tiempo de la espera/ Joel Bracho Gheresi
Visión de carne/ Carlos A. Colón Ruiz
La dicha de lo inacabado/Carlos Vicéns

Secreta inquietud es una antología, pero sobre todo un acto de justicia poética. De literal justicia poética. Preparada y titulada por el propio autor, animado por su amigo, el poeta Rafael Cadenas, recoge poemas de sus últimos cuatro libros, aparecidos entre 2001 y 2010, nunca reeditados ni reunidos. Con esta edición conmemoramos los ochenta años de vida de Jesús Alberto León, su poesía serena, su palabra puntual, su persistir silencioso —y silenciado— en la historia de la poesía venezolana.

JACQUELINE GOLDBERG

La voz y la mirada de Jesús Alberto León habitan ese espacio donde el arte y la ciencia conviven y se complementan: científico y escritor, su palabra abreva en una fuente común y única del saber. Estamos ante la visión de un humanista auténtico que reconoce el valor del mundo interior como el lugar de las transformaciones y que desea abrazar con sus palabras a los otros, el prójimo. Así se despoja ante un mundo que ofrece desasosiegos. Su lenguaje y la sustancia poética tratada alcanzan el envolvente sabor de un vino con notas barrocas y renacentistas, y el regusto final de la tradición del romance viejo. Jesús Alberto León reescribe y es reescrito por las circunstancias vitales y existenciales más significativas, y lo hace a través de una sensualidad sutil aunque profunda, para nombrar el mundo con la fuerza vital de Eros que impregna cada palabra y cada poema. He aquí la convivencia de la celebración y la nostalgia para atrapar una realidad fragmentada, su propia realidad, nuestra realidad.

MARÍA ANTONIETA FLORES

COLECCIÓN *Voz Aislada*